



La fecundidad del amor

10/09/2015

Nuestras meditaciones de cada mañana tienen como único tema el amor conyugal, que representa el misterio más profundo de nuestra condición humana de seres creados a imagen y semejanza de Dios. Esto fue así desde el principio. Según el primer relato de la creación, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y los creó hombre y mujer. En el segundo relato, el hombre primero y la mujer después son creados directamente por Dios, como un alfarero que modela al hombre y a la mujer con sus manos. Según San Ireneo, Dios formó al hombre a partir del barro de la tierra y a la mujer sacándola del interior del hombre con sus manos, esto es con el Verbo y el Espíritu Santo. Así que somos configurados en todo nuestro ser, a imagen de la Trinidad, lo que se traduce en aquello que más profundamente constituye nuestro ser como personas, es decir, seres de verdad, de libertad y de amor.

Nunca estará de más insistir en este punto porque ésta es la base a partir de la cual podemos reconocer nuestra altísima dignidad, por haber sido creados a imagen y semejanza de Dios desde el principio, lo que significa, en la lógica de la Escritura y en el modo en que esta ha sido recibida e interpretada en la Iglesia, que cada uno de nosotros ha sido creado por Dios. En nuestra constitución física y fisiológica somos herederos de nuestros padres, pero en la dimensión espiritual y profunda de nuestro ser, hemos sido creados directamente por Dios que infunde en cada uno de nosotros el alma, tal como al principio Dios insufló en el hombre el espíritu que le convirtió en un ser viviente. Tanto en un relato como en el otro, pero sobre todo en el segundo, la Sagrada Escritura nos revela el origen del matrimonio en el pensamiento y en la voluntad de Dios. En el principio Dios hizo al hombre y a la mujer en una relación tal de interioridad recíproca que el hombre deja al padre y a la madre y se une a su esposa y los dos forman una sola carne.

En el evangelio de s. Mateo, a propósito del divorcio, que no puede existir entre sus discípulos, Jesús se refiere a este principio y dice de un modo que no permite dudas: lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

Esta unión es una de las más profundas manifestaciones del amor, pues el amor une. Pero esta unión no es un fin en sí misma; se produce para que de esta unión surjan nuevas vidas, conforme dice el texto: *creced, multiplicaos, dominad la tierra*. Por tanto la fecundidad está inscrita en la naturaleza de la unión del hombre y de la mujer en el matrimonio, que, al menos en su hechura, como se dice en portugués, tiene en sí la orientación para la maternidad y para su protección.

En la teología del matrimonio la fecundidad se manifiesta en los hijos, que son uno de los bienes, o incluso el bien principal del matrimonio y también su fin primero. El matrimonio es el lugar propio en el cual la vida se acoge y se transmite, con la generosidad del que cree en la vida y gusta de vivir y por eso espontáneamente, la transmite como bien mayor.



IIIème Rencontre Internationale des Responsables Régionaux
Roma 6-11 Septembre, September, Setembro, Septiembre, Settembre 2015

Pero el bien mayor de la fecundidad es colaborar con Dios para poblar el cielo y la tierra y así los cónyuges se convierten en colaboradores de Dios en la obra de la creación. Él podría crear a sus hijos a partir de piedras, como en un cierto momento dice Jesús en el evangelio. Pero no fue ese el camino que quiso seguir; Él creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. Esa imagen y semejanza se refleja en nuestra condición de seres que buscan la verdad que libera y que es fecunda en el amor, ese misterio casi divino en nosotros que nos une y nos distingue y que está en el origen de toda la creación, que está en el origen de la vida que brota de un amor que nos precede.

Queridas parejas, queridos consiliarios, parafraseando el lenguaje del Papa Francisco, no permitamos que nuestro amor, tanto el amor esponsal que une a los sacerdotes al misterio de la Iglesia, como el amor esponsal de los esposos, no sea fecundo. No separemos la fecundidad del amor.

P. José Jacinto Ferreira de Fariás, SCJ